

CADILLA ALCOVINA

Después de la carta.

¿Quién no la ha visto, durante el invierno, en medio de un frío glacial, envuelta en pieles, correr en revista los almacenes, subir á pie los Campos Elíseos, ó dar la vuelta al lago en su carrujito negro, con su diminuto escudo de armas pintado? Muchos la habrán dirigido sus gemelos á su palco en la Opera los viernes; en la Comedia francesa los martes. Á otros se les habrá aparecido el verano en las playas de Dieppe ó de Tronville, vestida con buen gusto, sin ostentación, rodeada de hombres distinguidos en el gran mundo, y de mujeres de mundo muy respetadas, muy puestas en evidencia.

En fin, como todos la conocen tan bien, yo me guardaré por prudencia de bosquejar su retrato.

Bien puede el lector imaginársela alta ó baja, rubia ó morena, suponer que sus ojos no tienen color marcado ó que es variable, que su rostro es pálido como el de una criolla, ó rubicundo como el de una holandesa, que tiene la boca de la señora X... ó los labios de la señora Z... Mi discreción me prohíbe dar señas ningunas.

¿Y por qué, pues, tanta reserva en unos tiempos en que los periódicos no se recatan de hablar de las mujeres mundanas y penetrar á veces en su intimidad? ¿Acaso la señora de X... tiene algún pecado gordo sobre su conciencia, algo grave que exige extremada prudencia? Eso justamente. Se la reputa la más honrada de las mujeres, y no lo es, en el sentido absoluto de la palabra; es casada, y desde hace largo tiempo, tiene, sin revelarlo, una conexión secreta, pero que pudiera producir gran ruido. Me propongo decir por qué y cómo es que ella se ha recatado de todo ruido.

Por de pronto, bueno es saber qué clase

de persona es. No conviene equivocarse acerca de su carácter. Si he creído no deber trazar el retrato físico de la señora de X..., no temo diseñarla moralmente. Es una mujer adorable, que habría sido la más tierna de las esposas, la más fiel... si hubiera tenido otro marido.

¿Qué le reprochan á este marido? ¿Es hombre mal criado, arrebatado, brutal? ¡Quiá! Es el más cumplido, el más bondadoso de los nacidos. ¿La engaña acaso? No. Nunca ha pensado en semejante cosa: no tiene tiempo para ello. ¿Tal vez no la ama? Sí, á su manera, esto es... de lejos. ¿Ella es sin duda la que no acierta á amarle? ¿Es viejo quizá? No: cuarenta años no más. ¿Entonces es desgarbado, contrahecho, harto feo de figura hasta para un hombre? Todo lo contrario; no hay quien no le encuentre agraciado... Entonces, ¿qué es?

¡Lo que es! Un jugador por todos los poros de su alma, por temperamento jugador apasionado. Ama el juego por el juego, por los goces que procura, y no por los beneficios que reporta. Alguien le preguntó: — «¿Cuál es para usted el mayor placer del

mundo? — Ganar al juego, respondió. — ¿Y después? — ¡Perder!»

En efecto, nada ve sino el juego, sólo vive para el juego y morirá del juego. Diez veces se ha arruinado ya, y otras tantas ha reparado su fortuna, que volverá á perder diez veces todavía. Mas sólo arriesga su fortuna personal; se casó bajo el régimen dotal, á fin de que su mujer no se viese expuesta á las contingencias de una serie de bancas desgraciadas, de bacará, largo tiempo recalcitrantes.

Para que una madre le haya dado su hija, ¿acaso no jugaría antes de su casamiento? Sería calumniarle el creerlo. En el colegio jugaba sus libros, sus postres de la mesa; en la escuela había empezado por jugar botones y alfileres. Es muy posible que antes de salir de nodriza jugase ya: ¡era tan precoz! ¿De suerte, que ignoraban su fatal pasión? No por cierto. Pero su prometida, huérfana, privada de consejo, inexperta y muy enamorada, juzgó que ella le corregiría. Á los veinte años todo se cree: una joven doncella dispuesta á cualquier sacrificio, imagina que también se sacrificarán por ella.

No le hicieron ninguno, y el señor de X... se corrigió tan poco, que al siguiente día de la boda, tallaba en un casino abierto á todo el mundo, y cuya banca llamaron sus amigos la banca de tornaboda. Desde entonces no ha pasado un solo día: si no talla como banquero, pone como punto; si deja el bacará, es por el *pocker*, un juego de nueva invención que él habría arreglado si los americanos no le hubieran introducido entre nosotros.

Sin embargo, no puede decirse que esté exento de remordimientos, que no tenga conciencia de sus deberes. Todos los días á eso de las siete, ya en el salón de la *Prensa*, ya en el del *Coronel*, pues él pertenece á todos los casinos y reuniones donde se juega fuerte, les dice á los que están á su lado: «Me voy. Tomen ustedes mi puesto. Sigán la *mano*. Hoy cómo en casa. Me espera mi mujer.» Se levanta en efecto, pide su coche, arregla la cestilla de sus fichas, y se dirige hacia la puerta. Pero en el momento de salir, oye estas palabras pronunciadas por el banquero: «¡Señores, la banca en puja!» Párase entonces, se acerca, y muy pronto

responde á la oferta: «¡Cien luises! ¡doscientos luises!... ¡quinientos luises!» Y le es adjudicada la banca; se sienta, se pone á tallar, y continúa hasta las ocho, hasta que no queda ya ninguno que apunte... y cuando entra en su casa, su mujer ha comido ya, como de costumbre.

Pero ¿el resto de la noche? ¡Oh! Se le consagra con plena voluntad. Ella puede disponer de él: no saldrá de casa. ¡Salir! ¡Qué disparate! ¡Cuando se encuentra tan bien allí, al calor de la chimenea, al lado de su esposa! Y ambos se sientan en compañía. Para que él no eche nada de menos, ella echa el resto en ingenio, gracia, ternura, y tanto, que á él le parece hechicera, y echa también el resto, hace brillar su persona, coquetea igualmente, se inflama, y la inflama.

Con todo, suenan las diez. Es la hora en que el bacará en la *Prensa* comienza á animarse. Hasta entonces no sale de una regular apatía. Habíanle dicho al señor de X...: «No se haga usted esperar; hoy lo fuerte empezará temprano; no hay función de primera en ningún teatro.» Estas pala-

bras susurran con creciente zumbido en sus oídos, y le impiden escuchar ya más las lindas cosas que salen de unos labios rojos de emoción. Y al mismo tiempo pasan por su fantasía visiones extrañas: toda una baraja hace evoluciones varias: los naipes forman remolinos, bailan, se paran delante de él. Los ochos y nueves se apartan de sus compañeros, se acercan, le miran sonriendo, y le hacen promesas talmente seductoras, que por ellas olvida todas las otras: las suyas de hace un momento, y las que podían leerse fácilmente en los ojos y labios de su esposa.

Ya no puede más, y con pretexto de tomar el aire, toma la puerta y se va al casino.

¿A qué hora volverá? ¿Lo sabe alguien? Al amanecer, á veces cerca de medio día, fatigado, quebrantado, sólo pensando en dormir, sin acordarse de los proyectos formados, de las esperanzas despertadas la víspera.

Amábale ella tanto que, en un principio, soportó, sin quejarse demasiado, aquella existencia excéntrica, aquella semiviudez. Cuando sus amigos le hacían la observación

caritativa de que era una pobre abandonada, ella les respondía: «Verdad es; pero cuando mi marido está ausente, sé al menos dónde podré encontrarle, si me ocurre la fantasía. Todas las mujeres casadas no podrían asegurar otro tanto.»

Poco á poco se ha ido haciendo menos filósofa. Ha suspirado, ha bostezado, como bosteza una mujer linda, una boca discreta. Ha sentido hormigueos en la planta de los pies, inquietudes en las piernas, ansias de llorar sin motivo, desvanecimientos, vértigos repentinos, en fin, toda la serie de achaques nerviosos causados por una vida harto sedentaria, harto inactiva, con decepciones asáz frecuentes. Un amigo del marido, el conde de C..., que á veces le hacía á ella compañía, vió apuntar la enfermedad, contó los bostezos, los suspiros, y para distraerla, de lástima, se convirtió en amigo asiduo de la mujer.

Todos conocen al conde de C..., como asimismo á la señora de X..., y tanto son ambos conocidos, que una noche, en el círculo del *Flautin*, el artista Clerin tuvo la ocurrencia de hacer el croquis de él. Le

representó en figura de Cupido, con aletas en la espalda y una flecha en la mano. La semejanza era tan notable y tan á propósito, que todos los circunstantes pronunciaron su nombre, porque el conde de C... sólo vive para amar, como su amigo sólo vive para jugar. Apenas tenía dieciseis años y amaba ya; á cuarenta ama todavía; á sesenta seguirá amando. Es el enamorado eterno.

¡Enamorado, en buen hora! Mas como se acostumbra en París en cierto círculo social, á cierta edad, sin demasiada candidez, con alguna experiencia. Nuestro enamorado conoce á las mujeres, y sabe cómo tratarlas. Otro cualquiera, en un principio, al ver á la señora de X... consumirse de fastidio, irritarse contra la existencia que llevaba cada vez más insufrible, habría ofrecido, afanoso, cuidados, servicios, consuelos. Guardóse muy bien de hacerlo: ella se hubiera asustado, y todo habría sido perdido. Se mantuvo en su papel de amigo, de amigo tierno que suspira discretamente y no pide nada, no pretende nada. Así, poco á poco, como ella le veía todos los días, y no veía

más que á él, no acertó ya á pasarse sin él, y llegó á amarle, sin haberse apercibido de cómo naciera y creciera su amor.

Y cuando se apercibió de ello, luchó largo tiempo. Cobijóse y asió con todas sus fuerzas en la virtud de su propio fastidio; pero no sin sublevarse, sin aspirar bruscamente á otra existencia más animada, para retornar luégo á nueva resignación. Por fin llegó un día en que su conciencia la obligó á confesarse vencida y quebrantada; cansada de luchar lealmente, dispuesta á concluir de una vez, lo dejó así comprender.

Muy conmovido el Conde, porque á pesar de su reserva calculada, esperaba impacientemente la hora de la crisis, creyó poder aprovecharse de su triunfo. Pero en el instante de tender los brazos hacia el ídolo pronto á caer desde lo alto de su pedestal, el ídolo, retardando su caída, le dijo estas palabras:

— Me causa horror la mentira, el artificio. No quiero engañar á nadie, ni á las gentes, ni á mi marido... Si cometo una falta, la cometeré sin falsedad, sin hipocresía... ¿Está usted dispuesto á sacrificármelo

todo, como yo lo estoy á sacrificarlo igualmente?

— ¡Si estoy dispuesto! ¿Puede usted dudarle?—exclamó él convencido, pero algún tanto inquieto ya.

— ¡Pues bien! — repuso ella toda palpitante — dejemos esta casa... No quiero permanecer aquí ni un momento más... Voy á escribir á mi marido, á decirle la verdad, á darle parte de mis resoluciones.

Como acontece á la mayoría de las mujeres, despues de haber estado por largo tiempo indecisa, crecía su energía á la hora de la acción.

Escribió largamente, febrilmente. Pasó en revista á largos trazos toda su vida desde su matrimonio: sus decepciones, su aislamiento, su abandono, luégo sus esfuerzos por combatir el fastidio que la consumía, por luchar contra la pasión de su marido y conquistarle, guardarle, ser amada como ella le amaba. ¡Tentativas inútiles! Sus fuerzas se habían quebrantado contra lo imposible... Era aún harto joven para resignarse á esa existencia de mujer casada... honoraria, y puesto que, desde el siguiente

día de su casamiento, había él tomado su libertad, ella al fin recobraba también la suya; estaba en su derecho.

El Conde, mientras ella escribía, reflexionaba. A pesar de su costumbre, de su experiencia de las mujeres, no había previsto aquella contingencia: había ideado una de esas conexiones mundanas, tan fáciles, tan cómodas, cuando el marido no está aquejado de celos y tiene sus ocupaciones personales. Se alquila una habitación en un barrio apartado, discreto. Se amuebla graciosamente, se la perfuma, se la adorna de frescas flores, y se la convierte en un pequeño templo de amor. Muy luégo penetra en él la diosa á quien está consagrado, tímida en un principio, más atrevida después, y adquiere el hábito de pasar allí algunas horas diariamente al pie del ara. El templo es silencioso; en cuanto la diosa y el gran sacerdote salen de él, guardan ambos tan discreta reserva, parecen talmente extraños el uno para el otro, que nadie se imagina su intimidad religiosa. Esos paganos, que en la sombra sacrifican á los falsos dioses, pasan por buenos católicos, que el mundo

rodea de profundo respeto. Así trascurren muchos años, tranquilos, deliciosos. Se posee á la mujer sin el matrimonio, que lo echa todo á perder, es decir, la flor y sus perfumes, sin espinas, flor que no marchitan jamás las desazones de la vida común, del contacto perpetuo.

Pero ¡desplegar sus relaciones á toda la luz del día, causar ruido, provocar el escándalo, fugarse, robar el bien ajeno, sin discreción á mano armada, con fractura y escalamiento! ¡Dejar así sus hábitos parisienses, su domicilio, su casino, viajar en pleno invierno, correr las posadas y los ferrocarriles... qué monótona existencial! ¿Qué dirían en el *Flautín*, en el *Jockey*, en los *Bobalicones*, y, sobre todo, en el círculo de la *Unión*, que la echa de grave y puntilloso?

No obstante, el Conde es harto fino, harto bien criado para dejar conocer su emoción: cuando la señora de X..., concluida su carta, alza hacia él sus ojos, le encuentra radiante, embelesado. Hasta prorrumpe con viveza: «¡Qué vida tan dichosa vamos á pasar!»

Y ese entusiasmo, que ella cree sincero, la exalta más y más. Llama, entrega á un criado la carta, previniéndole que la coloque en el aposento de su amo, bien á la vista, sobre la repisa de la chimenea, para que la distinga apenas éntre. Después, á fin de salvar las apariencias, al menos para las gentes de casa, anuncia que va á pasar veinticuatro horas al lado de su hermana enferma, que la manda llamar.

Alejado el doméstico, discute un plan de fuga inmediata con el conde de C..., le da cita en la estación del ferrocarril de Lyon, y le dice adiós para hacer sus preparativos, y que él tenga tiempo de disponer los suyos.

Llega el momento y parten. Él, muy tapado y abrigado, porque tiene frío — es en el rigor del invierno — y no quisiera que alguno le reconociera; ella, tiritando, helada, á pesar de sus pieles, pálida como una difunta bajo su triple velo.

En un principio, habían decidido que irían sin detenerse hasta Marsella directamente; pero estando ya en camino, hizo observar el Conde que, con la precipitación,

habían tomado un tren-ómnibus, y que el trayecto sería largo y penoso para ella con temperatura semejante. ¿No valdría mejor bajar en una de las primeras estaciones, en Fontainebleau, por ejemplo, y tomar al otro día el expreso?... Ella escuchó, oyó también hasta lo que él no había dicho, y se dejó persuadir. La mujer hasta entonces honrada, que con el corazón ó pensamiento enloquecidos se ha decidido al sacrificio, no busca ya subterfugios para retardar la hora última. Entrégase francamente, sin restricciones. Es noble hasta en su misma caída. Sólo las mujeres de virtud estrecha son las que su experiencia aconseja el hacerse largo tiempo desear, y responder: mañana.

Una vez en Fontainebleau se dirigen á la fonda más inmediata al parque. El Conde, por delicadeza, ha pedido dos cuartos. Pero la casualidad hace que, al siguiente día, se encuentren reunidos en uno solo, sentados ante la misma chimenea y calentándose al mismo fuego.

De tiempo en tiempo, furtivamente, dirígenle miradas tiernas, que dejan perci-

bir mutua correspondencia. Y sin embargo, ambos se hallan pensativos. ¿En qué piensan?

En el parque, que se divisa á través de la ventana, aparecen las ramas negras de los grandes árboles, que se chocan entre sí con un ruido seco, mientras que las hojas amarillentas forman remolinos y se amontonan en medio de las avenidas. Del bosque vecino, sacudido, removido por el viento, salen sonidos plañideros que se prolongan á lo lejos. ¡Tiempo sombrío, frío, triste!

¿En qué piensan? El, en aquella habitación de fonda, desnuda, fea, fúnebre, expuesta á todas las corrientes de aire, ante aquella chimenea que rebota el humo, piensa en su aposento de soltero, alfombrado, elegante, con mil baratijas curiosas por largo tiempo acariciadas. ¿Ha abandonado para siempre aquel hogar querido y su París tan amado? ¿Va á pasar su vida corriendo de fonda en fonda, de pueblo en pueblo? ¿Está destinado á ser un enamorado errante? De repente, su retrato burlesco, trazado por Clerin, se le aparece, y se le figura ver realmente alas en sus espaldas, volando á tra-

vés de los espacios, de mundo en mundo, con una mujer al brazo.

Ella, por su lado, piensa en todo lo que acaba de dejar: menos material que él — al fin mujer — no lamenta las comodidades de su casa, pero no puede desechar la idea que le trae á la memoria sus relaciones ahora perdidas, sus amigas — estas y aquellas — de quienes se ve por siempre separada... Luégo, á pesar de sus esfuerzos para alejar otro pensamiento, ve también á su marido, al compañero con quien acaba de vivir, mal seguramente, pero largo tiempo... Aquella madrugada, al entrar en casa, ha encontrado la carta que le era dirigida. La ha leído con asombro, con estupor, porque ella le conoce: es un hombre inconsciente de sus faltas... ¡Cuánto sufre, infeliz!... ¿Merecía semejante castigo? Ella no podía amarle ya, tenía derecho para amar á otro; pero ¿no habría valido más dejarle en su ignorancia, en su quietud, engañarle, como todas las mujeres saben engañar, y, lejos de causar alboroto, procurar silencio?

Cuando ambos han estado por largo tiempo reflexionando se hablan, y poco á poco,

después de muchas vacilaciones, de infinitas reticencias, todo temblorosos, ella de contrariarle, él de mortificarla, llegan á confiarse sus impresiones; se aman siempre, se aman aún más que se amaban ayer; pero, ¿no podrían amarse lo mismo en París que en Fontainebleau, lo mismo en su casa que en el extranjero?

— Sí; así es tal vez — murmuró ella con tenue vez. — Pero ya no es tiempo de lamentarse... Mi carta ha sido leída.

Entonces, el Conde se levanta, saca una cartera del bolsillo, la abre y dice:

— Hé aquí la carta.

— ¡Mi carta! — exclama la señora de X... estupefacta. — ¿Cómo ha venido á parar?...

Y él, en tono grave, solemne, cual lo requiere la situación, pero sonriendo, embelusado en su interior, se apresura á responder:

— Dije para mí que cartas de esa índole no debían enviarse precipitadamente... que era preciso darse tiempo de reflexionar después de heberlas escrito... que muchas veces se siente uno pesaroso de ello... Así, anoche, al salir de tu habitación, entré en la

de tu marido, y recogí la misiva. Ahora te la devuelvo... Eres libre de enviarla por el correo, en cuyo caso me inclinaré ante tu voluntad; te pertenezco por entero... Eres libre también de hacerla añicos y regresar á París por el primer expreso... Para todos, sólo has ido á visitar á tu hermana enferma.

Menos exaltada, más reflexiva, después de la carta, que lo había sido antes, se decidió á partir para París, y... generosamente él la ha dejado obrar á su capricho.

A las once estaba de regreso en su domicilio, y no tenía ni aun explicación siquiera que dar, pues su marido no había vuelto todavía. A eso de las doce apareció, la cabeza baja, vergonzoso, arrepentido y desconsolado... de haber perdido gruesas sumas. Y hallando á su mujer más pensativa que de costumbre, se imaginó que había llegado á tenerle aversión por su vida desarreglada, y una vez más le juró no volver á jugar ni dejarla abandonada.

Si hubiese cumplido su juramento, en semejante ocasión habría podido ser para ella un estorbo. Pero la señora de X... no se inquietó: bien sabía lo que su jurar valía.